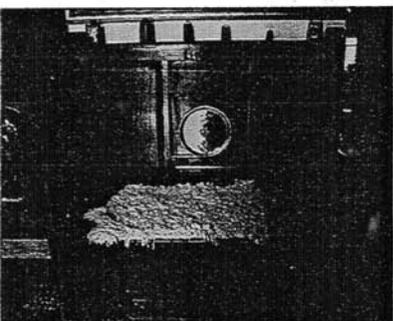


Este potente caserón, situado en María de Huerva a orillas de la carretera de Valencia, fue de los Pignatelli, pudo servir como cuartel general desde el que controlaba parte de sus extensas propiedades que llegaban hasta Puendetodos. Quizás Goya y don Ramón se vieran alguna vez aquí. En las escaleras de una de las viviendas actuales, Goya está representado por Benlliure

(Fotos G. B.)

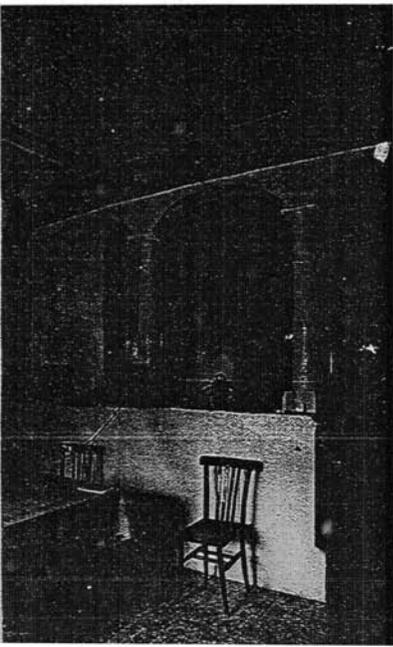


Goya



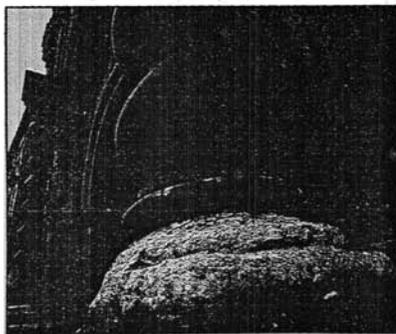
Escenarios zaragozanos. A la derecha, parte central del retablo mayor de la iglesia de los escolapios, colegio donde estudió. En el centro, patio de las Tres Puentes del mismo colegio. Debajo, exterior de la iglesia de San Felipe

(Fotos Luis Correas)



En el interior de la casa de los Pignatelli, en María de Huerva, se conserva parte de mobiliario de anteriores épocas, como una cadiera. Los arcos de lo que fue patio principal hoy forman parte de una amplia cocina

(Fotos G. B.)





Paisaje de la bajada de
Fuentetodos hacia Botocrita

(Foto G. R.)

y USTED

Caminos que llevan y trueno de
Fuentetodos. Muchas de las
señales que entonces siguen
abiertas

(Foto G. R.)

Luis J. García Bandrés

La función va a comenzar. Los músicos afinan mientras los mirados se clavan en el telón y las gargantas carraspean por penúltima vez. En cartel, la representación del 250 aniversario del nacimiento de Goya. Todos: la televisión, la radio, los semanarios y los diarios, cada cual a nuestra manera, «engancharemos» al genio por sus amplias solapas para intentar sonarle cosas que, seguramente, alguien, en algún sitio y con cualquier motivo, ya habrá contado con anterioridad. Pero, Goya, circunstancias, vida y obras, sigue siendo un rompecabezas donde el orden de factores altera el producto final. Hasta provoca dimisiones. En ese hipotético patio de butacas, hay eruditos, yuppies, políticos. Como si fueran confettis, las exposiciones, los libros y las conferencias se lanzarán al aire de la escena. Estará la crème de la crème. Usted, también. No se apure. Siendo de Aragón, y ante estos asuntos, no hay razón para quemarse vivos. A su Goya nadie se lo va a quitar. Nadie se lo puede quitar. Aunque quede pendiente más de una deuda. Olvídense de lo que dentro de un año puedan decir los balances. Ese es otro tema en el que mandan rentabilidades y saber hacer. Además, no conviene amargarse con imprevisiones ni competencias mal entendidas. Puede que la exposición de Madrid sea más importante que cualquier otra, y que el mejor libro se edite en Japón, pero usted esté seguro de que en cualquier caso se hablará de Fuentetodos y de Zaragoza y de Aragón. Y eso, que tantas veces se ha olvidado—y se olvida—desde las instancias del poder y de la gestión aragonesas, no lo tiene nadie. Ni el paisaje. Ni el paisaje. Eso es de Goya y de usted. Disfrútelo.

Con mejor o peor fortuna, la relación entre Goya y Aragón se reanuda todos los días. El, don Francisco, más paciente que lo que fue, espera. Está agazapado entre los otros de Fuentetodos y el color rojizo de las viñas de Carriena en otoño. Se mantiene en los neveros de su pueblo mirando hacia la Cartuja. Su voz de niño sigue gritando y llama a Martín por el patio de las Tres Fuentes en el colegio de los Escolapios de Zaragoza. Y canta en la iglesia mientras contempla a un Santo Tomás transido por todas partes. Puede que viera en el taller de Luzzián el San José de Calasanz del año 1769. Coso arriba. Coso abajo. Morería. Palomeque. La Mantería. Santiago. Después de la caligrafía y los dictados, sus cuadernos recogerán apuntes y notas. Del corazón de su pintura, al asunto de sus cuentas. Recorrió todos los ríos de entonces, que eran caminos. Vino por el Huerva desde Fuentetodos hasta Zaragoza. Recorrió el Ebro hacia Tudela. Por el Gallego se presentó en la Cartuja de Aula Dei. Y por el Jabón, más allá de Calatayud se nos fue poco a poco hasta Madrid. Pero siempre volvió. Con su recuerdo estuvo siempre aquí. Recuerdos para todos. Encargos para Zapater y Goicoechea, fundamentalmente. Aunque sus árboles recuerden más al Castaño de Indias que al Plátano, los paisajes llevarán la luz y la forma de estos lugares de Aragón. Es cuestión de descubrirlo.

Y la colección más importante de su obra mural la tenemos aquí, esperando. De siempre y para siempre. En Alagón. En Remolinos. En Muel. En Calatayud. En La Cartuja. En el Pilar de Zaragoza. No lo olvide. Que no lo olvide nadie. El museo de Zaragoza y el Camón Aznar guardan obras de indudable interés, aunque sirvan más para polemizar que para reverenciar. Usted se quedará—eso sí—con las ganas de ver el goya de Ibercaja, el del Arzobispado, los de la Real Sociedad de Amigos del País, los de Pedrola... Puede que al próximo centenario el sueño de la razón haya engendrado algo más que monstruos y un museo Goya, donde se recoja toda esa obra existente en Aragón, sea una realidad que, por necesaria y evidente, nadie logra concretar.

En el centenario de Goya, Aragón antes que nada es escenario de lo gyesco. Es lugar de peregrinaje para foráneos. ¿Tienen los visitantes una guía clara para conocer ese Goya niño y joven? ¿Existe una infraestructura que conduzca ese conocimiento? Para el resto del mundo este es un año Goya. En Aragón lo es siempre. Cada año. Lo debería ser. Un vestido de gala para la ocasión no hubiera venido mal. Pero un vestido nuestro, no prestado.

